

TESTIMONIO CONCRETO Y CONMOVEDOR

La Compañía de Jesús es, por su origen y constitución, una Orden eminentemente misionera. Su fin, tal como se anuncia ya en la primera Bula de confirmación en 1540, es la **propagación de la fe**.

El origen de esta vocación misionera se ha de buscar en el llamado personal de San Ignacio de Loyola. Pero Ignacio, nombrado General de la Compañía naciente, no pudo ser misionero. Conservó toda su vida el deseo de serlo y, cuando se pidió que algunos jesuitas fueran a Etiopía, se ofreció presuroso a ir en persona. A la solicitud que se le había hecho, contestó: "Yo os ofrezco... de tomar yo de muy buena gana esta empresa de Etiopía, siéndome mandado".

No siéndole permitido partir, se tuvo que contentar con ser misionero desde Roma, enviando a las misiones muchos de sus hijos, dándoles

sabias instrucciones, leyendo ávidamente las relaciones que le mandaban, consolándolos y animándolos con sus cartas.

En su alocución a los jesuitas del 3 de diciembre de 1974, S.S. Pablo VI recordaba con paternal solicitud: "Sois **apóstoles**: es decir, **misioneros**, enviados en todas direcciones siguiendo la fisonomía más auténtica y genuina de la Compañía: hombres que Cristo mismo envía por todo el mundo para difundir su santa doctrina entre los hombres de todo estado y condición. Es una característica fundamental e insustituible del verdadero jesuita... De aquí las **misiones**, testimonio concreto y conmovedor de la misión de la Compañía; de aquí el cuidado de los pobres, los enfermos, los marginados".

Fiel a ese espíritu, la Compañía de Jesús ha destinado en los últimos años a un grupo valioso de sus

miembros a tareas de misión en zonas marginadas de la Argentina. Allí evangelizan a amplios sectores de nuestro pueblo que durante años, y a veces siglos, han estado sin pastor. Tal es el caso de San José del Boquerón (Santiago del Estero), que no tuvo sacerdote estable desde la expulsión de los jesuitas (1767) hasta el año 1975, en que los hijos de Ignacio regresaron a ése, su antiguo puesto de misión. En todos estos lugares ha perdurado una verdadera religiosidad con sólidas creencias, sus imágenes, sus procesiones, sus peregrinaciones, sus oraciones, sus cantos, su devoción a Cristo Crucificado y a su Madre. Esta religiosidad, que es profunda piedad, vive en el pueblo heredada de los mayores.

Hay jesuitas trabajando en diversas provincias argentinas, porque la Iglesia y el pueblo fiel sienten que el sacerdote cumple un papel insusti-





tuible en este proceso de transmisión de la fe. Y estos jesuitas se han formado y templado en el Colegio Máximo.

En la provincia de Río Negro hay 4 jesuitas (Sierra Grande y San Antonio Oeste), 4 en La Rioja (Famatina, Guandacol y Malanzán), 5 en Salta (Apolinario Saravia, Colonia Santa Rosa y Tartagal), 2 en Jujuy (Yuto), 2 en Formosa (Pozo del Tigre), 2 en Santiago del Estero (San José del Boquerón). La tarea evangelizadora es vastísima: cada uno de ellos atiende parroquias que, en su extensión, abarcan pueblos distantes decenas de kilómetros entre sí y los obligan a una permanente movilidad. "Mi casa es una camioneta", decía uno de ellos.

Además, la situación socio-económica de esas regiones exige una serie de respuestas concretas al misionero, que van más allá de la atención es-

trictamente religiosa. "Entre evangelización y promoción humana existen lazos efectivamente muy fuertes" — dijo S.S. Pablo VI en 1975 (E.N. 31). Por ello, el jesuita misionero se hace también maestro y constructor de escuelas (ya técnicas o de primera enseñanza), creador de fuentes de trabajo en la zona para evitar el éxodo a las grandes ciudades, coordinador de esfuerzos en obras de bien común. En muchas ocasiones ha de asistir las necesidades urgentes y angustiosas con víveres, ropa, medicinas o albergue.

Un misionero recordaba lo que es cotidiano en su vida apostólica: "Al sacerdote se lo busca para cualquier cosa, y todos requieren la disponibilidad de su persona y de su tiempo; y esto, aunque sepan que el "cura" tiene muchas cosas que hacer, y que tiene sus obligaciones. Pero en estos gestos sencillos, el sacerdote se sien-

te más sacerdote. En este sentido, hay un verdadero servicio que el jesuita realiza en obras asistenciales que dan, a la Iglesia, el rostro concreto del servicio a los pobres y que le permite realizar, en la vida, la Eucaristía que se prolonga en el lavatorio de los pies que nos ordenó el Señor".

En este "Equipo misionero" de la Compañía de Jesús en la Argentina también hay tres jesuitas (2 sacerdotes y un hermano) que trabajan con indios maticos y pilagás (en Salta y Formosa). Aquí la tarea se hace más dura porque se trata de gente que ha perdido su medio de subsistencia natural (el monte) y que en muchos casos apenas habla el castellano. Testimonio sencillo y conmovedor el de un indio matico de la "Misión San Benito" (Tartagal), que decía: "Antes que viniera el Padre yo no había oído hablar de Dios..." Los misio-

neros jesuitas han formado "misiones" o pequeños pueblos con estos grupos indígenas, proveyendo a sus necesidades más elementales (alimentación, atención sanitaria, vestido y vivienda) y buscando medios más estables de subsistencia (aserraderos, carpintería, granja, tejeduría). Junto a esto se da una nueva esperanza, un nuevo sentido a la vida: el de un Dios que nos ama y se hace hombre para salvarnos. Así lentamente se va realizando la incorporación de estos grupos a una sociedad que hasta no hace mucho les era totalmente extraña.

No menos importante es el trabajo que numerosos jesuitas realizan en los barrios suburbanos de las grandes ciudades. Allí se ha radicado la mayor parte de la población que, proveniente del interior o de países ve-

cinos, busca las ocasiones de trabajo, educación, asistencia sanitaria, que no encuentra en su tierra natal. En este estilo, plenamente misionero, hay jesuitas trabajando en el Gran Buenos Aires, en los barrios que rodean a Córdoba, Mendoza, Santa Fe, Resistencia y Corrientes. Los jesuitas destinados a este trabajo comparten con los misioneros no sólo el ímpetu evangelizador sino muchos de los trabajos de promoción: escuelas, colegios, dispensarios, "bolsas de trabajo", etc.

Otra proyección de esta vocación misionera se manifiesta en la presencia de jesuitas argentinos en tierras tradicionalmente "de misión". Con este espíritu de "Id por todo el mundo..." (Mc 16,15) han sido enviados jesuitas de la Provincia Argentina de la Compañía de Jesús a Tai-

wan, Japón, Australia.

Ante tan numerosos y exigentes desafíos para la imaginación evangelizadora del jesuita, el P. Arrupe, General de la Compañía, decía: "Precisamente es hoy cuando necesitamos aquel fervor del que hablaba el P. Nadal citando palabras de San Ignacio: **Hemos de ayudar al prójimo no de manera fría y quedándonos parados**; y con esta sencilla expresión indicaba el fin de la Compañía: **correr con fervor a la salvación y perfección del prójimo**. A un fervor así **hácese todo angosto: no cabe en sí, no cabe ni en el cielo ni en la tierra** (San Juan de la Cruz). Ese fervor nos impulsa a ser absolutamente fieles al Espíritu Santo que nos inflama. El estimulará nuestra imaginación en la búsqueda de formas insospechadas de servicio".

